

MISA DE MEDIANOCHE EN LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

Normalmente la liturgia pide que la Misa de gallo de no se celebre antes de media noche, pero por facilitar a los fieles la venida a la capilla se ha adelantado, lo cual no es muy litúrgico que digamos, conviene recalcarlo y tenerlo presente.

En este gran día de la Natividad de nuestro Señor la Iglesia permite decir tres Misas que presagian la triple alabanza en razón de ese triple nacimiento de nuestro Señor; nacimiento carnal del seno de la Santísima Virgen; nacimiento de nuestro Señor por la gracia, en el alma de los pastores que le fueron a adorar y nacimiento desde toda eternidad en el seno del Padre. El celebrar la Iglesia la primera Misa de media noche, a esa hora, como dice el gran liturgista del siglo XIX, Dom Guéranger, se debe a esa antigua tradición que celebra el nacimiento de nuestro Señor a esa hora, en medio de las tinieblas, porque Él iba a ser la luz del mundo; vino a un mundo de tinieblas oscurecido por el pecado y así como luz del mundo vino entonces a disipar las sombras.

Téngase presente que en esta época en el hemisferio norte se tiene el día más corto y a partir del nacimiento de nuestro Señor comienza el día a ser más largo y más corta la noche, como también conviene recordar, como nos lo dice Dom Guéranger, que la encarnación de nuestro Señor tuvo lugar un viernes 25 de marzo y así entonces nuestro Señor, que se encarnó en el seno virginal de la Santísima Virgen María en esa fecha, nació un 25 de diciembre, nueve meses después siendo un domingo.

Todo esto nos lleva a pensar en el esplendor del misterio de que todo un Dios se encarne, se haga hombre, no que se convierta en carne, o se convierta en hombre sino que se haga carne, es decir, asume la naturaleza humana y la lleva, la toma en su ser divino que constituye la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; por eso nuestro Señor no tiene persona humana aunque sí tiene existencia humana. No como muchos teólogos y filósofos desgraciadamente llegan a decir, que nuestro Señor no tiene existencia humana, lo que no tiene es persona humana, pero existencia humana sí la tiene, porque fue un ser que históricamente existió como hombre; por falta de filosofía y de la verdadera metafísica se encuentran absurdos incluso afirmados por eminencias como el muy querido padre Castellani quien era todo un doctor en Sagrada Escritura pero ahí se hace deudor de ese error desapercibidamente.

Pues sí, nuestro Señor tenía esa existencia humana que lo hacía ser verdadero hombre pero también era verdadero Dios y esa naturaleza humana fue la que asumió en el ser divino de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y por eso no había persona humana sino la persona divina que daba existencia a esa naturaleza humana para que fuera verdadero hombre con cuerpo y alma humana pero su persona era absolutamente divina.

Ese es el misterio de la Encarnación, misterio insondable que no se puede explicar; simplemente balbucir, barruntar, como lo hace la teología, pero sin abarcar el dogma que supera toda inteligencia creada, por eso se necesita fe sobrenatural para creer en la encarnación del Verbo y en la revelación de Dios. Por eso nuestro Señor es el camino, la verdad y la luz, la vida y la luz que da a todo el Universo y a todo hombre. Él es la verdadera luz, el verdadero iluminado y no como usurpan los masones tildándose ellos de iluminados; es nuestro Señor luz del mundo y del Universo. Distinto es que el mundo no lo acepte como vemos que fue rechazado en todos los albergues, y por eso al nacer fue a parar en una cueva.

El pesebre, más que la humildad, más que la pobreza, más que todo lo que podamos decir o imaginar en ese orden, nos manifiesta el rechazo de los hombres que no fueron capaces de dar albergue al Rey de los cielos y de la tierra y que fue a nacer allí, en una cueva, en una gruta, lejos de los hombres, que no lo quisieron recibir, que no lo quisieron aceptar; quedó en ese profundo abandono, cerrándosele las puertas; esto no le ha pasado a ninguna otra criatura; pues así nació nuestro Señor. Como faltaba entonces esa veneración de parte de la criatura racional, nace en medio de un asno y de un buey; por lo menos entre esas criaturas irracionales, pero que eran obra de Dios. No podemos imaginar esa soledad y ese desamparo en el que nació nuestro Señor y en el que estaba la Sagrada Familia, la Santísima Virgen María y San José.

Que eso nos haga reflexionar para que nos demos cuenta de que ser católicos de verdad es estar alejados del mundo, de los hombres, de ese éxito, de esa gloria que prometen los hijos de esta tierra; la única gloria del cristiano, del católico, es eso, el abandono de los hombres para morir en una cruz y no en medio de sus alabanzas, ni de los aplausos, ni del poder de este mundo que vale un comino, que vale nada.

Somos muy pocos los católicos que nos damos cuenta y menos hoy día, en medio de esta gran apostasía de los últimos tiempos, y no exagero al traerla a colación porque es la misma epístola de hoy la que nos hace pensar en la bienaventurada esperanza del Salvador si es que hemos prestado atención al texto de San Pablo leído, cómo la Iglesia asocia siempre con la primera venida la segunda; no hay que olvidarlo porque descuidarlo lleva a engaño, a falsa esperanza y a pura ilusión mundana, prometiendo quizás una falsa gloria, un falso éxito porque el triunfo del católico está en la Cruz, en el sacrificio y no en otra cosa; por eso tenemos siempre un crucifijo allí donde hay algo de católico.

Son los protestantes los que no quieren el crucifijo, no quieren a Cristo crucificado, cuando mucho una cruz pero no es el crucifijo, no es Cristo sacrificado y por la misma razón no quieren la Santa Misa como inmolación sino simplemente como un banquete y en eso la han convertido hoy, lejos de un sacrificio propiciatorio; de allí viene la gran confusión, el gran escándalo, la gran apostasía que vivimos, porque nos estamos volviendo protestantes sin darnos cuenta.

La Natividad de nuestro Señor debe reavivar nuestra fe, la verdadera fe católica, apostólica y romana, y así como no todo el que dice ¡Señor, Señor! es de Dios, no todo el que dice ser católico romano lo es. Para serlo hoy día hay que guardar la santa Misa Romana en primer lugar. Y ¿dónde están los cardenales, los obispos, que se dicen católicos romanos y que no guardan la santa Misa Romana, que dicen una misa protestantizante como la dirían Lutero, Calvino o cualquier hereje de esos que hoy, en forma abusiva, quieren que se les llame “hermanos separados”? ¿Cuáles hermanos, si no tienen a la Santísima Virgen por Madre? Errores todos.

Por eso debemos renovar nuestra fe, hacer un acto de fe en esta Navidad aunque tengamos todo el mundo en contra, toda la jerarquía de la Iglesia que se dice romana, pero que no lo es, que no respeta los derechos de Dios ni de nuestro Señor, ni de la Iglesia y que se asocia al enemigo en vez de proclamar la verdad de Dios, su exclusividad, única vía de salvación. Si nosotros no lo creemos, somos herejes; si no creemos que la Iglesia católica es la única Arca de salvación también lo somos; y esa es la apostasía que hoy es moneda corriente en el mundo que se dice católico y en aquellos que se creen católicos.

Pero, ¿cómo podemos en esta santa noche adorar a nuestro Señor si después le prendemos una vela al diablo pensando que todas las religiones pueden poco más o menos salvar? ¡Absurdo! Es una blasfemia, es una impiedad y ésta se comete hoy ante nuestros ojos y no nos percatamos de ello. La culpa la tienen los sacerdotes que no son vigías, que no están despiertos para hacer ver a los fieles el peligro, el error, el engaño, pero no lo hacen por simple cobardía y no se puede ser cobarde y católico; hay que tener mucha valentía para proclamar la fe en nuestro Señor íntegramente; saber defenderla a pesar de todos sus detractores, de todos sus falsos doctores, de los falsos profetas, de los que usurpan el nombre de Cristo para introducir el error y confundir al rebaño; por eso es mi deber recordarles que de nada serviría advertir una y mil veces la multiplicidad del mal y caer en el error.

Si queremos tener esa fe pura, adorar a nuestro Señor y asociarnos a Él en el pesebre, debemos corresponder a su amor en ese abandono en el que nació, para que podamos comprender un poco más esos sentimientos de nuestra Señora, la Reina del cielo y así rendirle un tributo aunque sea pequeño, y corresponderle como lo hicieron esos humildes pastores a los cuales se les reveló ese misterio de la Encarnación; ellos adoraron a nuestro Señor naciendo en ellos esa fe y esa gracia,

viendo el coro de ángeles que rodeaba la humilde gruta, la humilde cueva, para mostrar que verdaderamente son las almas humildes las que están cerca de Dios.

La humildad no es más que reconocer esa dependencia absoluta hacia el Creador, hacia Dios y que el mundo de hoy nos enseña todo lo contrario, “soy libre para hacer todo lo que se me dé la gana”, “tengo derechos a diestra y siniestra”; todo lo contrario, es la humildad, la sumisión a Dios, reconociendo esa dependencia que justamente el liberalismo filosófico y teológico niegan: “libertad para hacer lo que quiera, para determinar qué es lo bueno y lo malo”, “para definir qué es la verdad y cuál el error”. El mismo pecado de Adán y Eva, comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, para señalar qué es lo bueno y lo malo para mí. ¿Acaso no es eso lo que la gente hoy predica; la moral según cada uno estime bueno o malo y cada uno hace lo que quiere llamándolo bueno y estando lejos de los caminos de Dios?

Debemos, pues, aprovechar esta noche para volver de verdadero corazón a nuestro Señor con la humildad de los pastores, reconociendo la dependencia que como seres humanos, como criaturas, tenemos de Dios nuestro Creador. Considerar que ese Creador por un colmo de amor se hace un hombre igual que nosotros, así no le correspondamos. Por esa reciprocidad seremos juzgados porque el que no retribuye al amor divino genera el infierno; de ahí que debamos agradecer. Como decía Santa Teresita del Niño Jesús, nada atrae más las gracias de Dios que la gratitud, que es la correspondencia al amor que nuestro Señor nos tiene. Por eso, si es necesario defender la Iglesia, defender la fe, debemos estar dispuestos a dar nuestras vidas si esa es la voluntad de Dios y no huir cobardemente.

Pidámosle a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, a Ella que guardaba todas estas cosas y muchas más en su corazón y que eran el objeto de su contemplación permanente, que así nosotros lleguemos a contemplar aunque sea un poco más ese gran misterio de la Encarnación y del Nacimiento de nuestro Señor que hoy celebramos. +